

EL ÚLTIMO PATRIARCA

Casa de Cultura de Oquendo
ASOCIACIÓN ANTIPATRIARCAL
Donostia

19-03-1989

Conferencias



AGC



ANTE-TROISIEME ANN... N° 507
PRIX DE L'ABONNEMENT
17 F. - 68 F.
72 F.



Más que disertar, a estas horas de la mañana de un Domingo de Ramos y San José por añadidura, lo que es difícil es evitar que esto salga parecido a un sermón, a un sermón de aquellos que echaban los curas de antaño en mitad de la misa. Tampoco es que me importe mucho que acabe pareciéndose un poco a un sermón. Es difícil decidir, o tal vez imposible, si va a ser un sermón del Señor o un sermón del otro. Tal vez la diferencia que la propia religión establecía tan clara entre Señor y enemigo malo o amigo de los hombres, como decían otros, pues tal vez sea una diferencia que ella misma se inventaba. A lo mejor quien habla a favor habla en contra. Es muy probable que las cosas sean un poco más complicadas y ambiguas.

Seguimos pues, con el sermón, que no quita para que después, en el rato que nos quede, (espero que la mayor parte del rato), haya un poco de conversación con vosotros, que, desde luego, es mucho más interesante que un sermón; de manera que la parte del sermón será simplemente para echar algunos cabos para esa conversación posible.

La lucha de esta Asociación Antipatriarcal, inevitablemente, está metida dentro de un ambiente en el que se dan también otras muchas luchas, con más o menos pretensión de rebeldía o de oposición, o de protesta, o de izquierda o como se quiera decir. Estas luchas, por lo general, están configuradas de tal manera que se ven ellas mismas dentro de la Historia, se ven haciendo Historia, y en esto, por desgracia, cualquier movimiento, por más revolucionario que piense ser, cualquier lucha de este tipo se parece a la actitud de los Señores, de los detentadores del Poder, contra los que piensan levantarse; que igualmente se ven haciendo Historia. O ¿es que desde el Jefe del Estado hasta el último ejecutivo de los órganos del Poder constituido no se ven también haciendo Historia?

Bien, pues por desgracia, en esto, los movimientos de rebeldía generalmente siguen la norma: se ven haciendo Historia, se ven como contribuyendo con un pequeño escalón, tal vez, a un progreso en el que cada vez la rebeldía puede ser más efectiva, más fructífera, hasta llegar a un día de mañana en el que las cosas estén bien. O sea, exactamente igual que piensan los de Arriba; exactamente igual que piensan los Señores: que contribuyendo un poco a las mejoras de la administración de año en año, pues podemos llegar al día en que todo marche bien.

Quiero empezar por lo más inmediato. Por ejemplo, esta última temporada me las he tenido que ver una y otra vez con mujeres de movimientos feministas y entrar en discusiones bastante denodadas acerca de algunos de los puntos que parecían más importantes. Bueno, pues ellas lo mismo; ellas, imitando inevitablemente el sistema de los Señores contra los que pretenden levantarse, acaban por ver su rebeldía como un elemento de progreso, es decir, de avance dentro de la Historia hacia alguna meta que sea otra forma de Poder en la que las mujeres tengan entrada igual que los hombres; no sé, pero evidentemente hacia alguna forma de ideal o de meta.

Esto quiere decir estar iscrito dentro de la Historia; por supuesto que, antes que a las feministas, les ha sucedido a todos los movimientos revolucionarios; explícitamente los movimientos de cuño marxista. Por la propia adoración de la Historia que desde Marx en adelante regía, se veían sometidos a esto con la mayor facilidad.

Bueno, pues también los ejecutivos se creen eso. También se creen que la acción, que las acciones, son para llegar a una meta futura y que poco a poco, se va consiguiendo algo, y que vamos, de esta manera, avanzando por algún camino y acercándonos a alguna meta.

Insisto, como veis, en la identidad de concepción que, por desgracia, reina entre los movimientos o las actitudes del Orden establecido. Después de todo, y con esta analogía termino, esto pasa también en las maneras de concebir la investigación científica. La noción dominante es que cada uno, repartido en miradas de especialidades, en su laboratorio, en su pequeño seminario está contribuyendo con un granito, o con algo, hacia un progreso del conocimiento general; que estamos todos contribuyendo a reunir una pequeña parcela de conocimiento y vamos, a fuerza de experimentos y de correcciones, poniéndolo, de año en año, cada vez más claro y que así nos vamos acercando a un mañana en el que la Ciencia sea... pues la Ciencia, donde todos sepamos todo, o haya, por lo menos, alguien que lo sepa todo y los demás puedan acudir a él en cualquier momento que tengan cualquier especie de duda, para que les quede al instantáneamente aclarada.

Si hace falta persuadirlos de lo que, yo creo, todos los días palpáis, es decir, de que éste es el ideal dominante, luego haremos el coloquio. Pero a mí no me cabe la menor duda de que es así, de que es una perdición y uno de los errores fundamentales.

Efectivamente, cuando se trata de llegar a un mañana, cuando se considera un movimiento como inscrito en la Historia, como progresando hacia algo, se condena a no hacer más que lo que hacen los que mandan, es decir, lo que ya está hecho. Contribuye a crear la ilusión, y a fortalecerla, de que hay un camino, de que hay un mañana hacia el que se va. Y esto, cuando se realiza bien, simplemente quiere decir eso: hacer una y otra vez lo que ya está hecho, puesto que está planeado de antemano.

Alguien que lucha en contra de verdad, sea contra el Señor que sea, piensa que si alguna gracia tiene lo que está haciendo es que no se sabe, previamente, qué es lo que va a dar de sí ni adónde va a ir. Ésta es la única gracia y la única cosa vivificante que puede tener una actitud de "no", de rebeldía, o de protesta, o de cómo se quiera decir. No proponer en el planteamiento un mundo de sustitución que sea mejor que éste; lo cual es un engaño tremendo. No, sino simplemente dedicarse a saber cómo es éste, de una manera cada vez más precisa y más virulenta manifestar esta protesta o descontento acerca de cómo es, hacer en contra, destruir en la escasa medida que se puede, que siempre es muy difícil. Y respecto a lo demás, confiar... confiar en que si se protesta o se está en contra de lo que está ya organizado, es porque por debajo hay algo y de ahí pueden venir las fuerzas para cualquier otra cosa.

A nosotros, aquí, individualmente, organizados colectivamente, no nos debería caber nada más que hacer y hablar en contra, y dejar que actuara a favor... alguien que no somos nosotros y que es nuestra fuente de confianza, la vida de cualquier movimiento o palabra de protesta.

Pues bien, esta maldición de la Historia, como todos sabéis más o menos, se la debemos, en la tradición de este mundo occidental, a los judíos, una vez que alcanzaron esa forma de síntesis con el pensamiento griego, como los historiadores de cualquier Historia del Pensamiento o de la Cultura os contarán mejor que yo. Ellos empezaron, alrededor de la corte de los reyes de Israel, por desarrollar una actitud de profecía, en principio, y muchas veces para amenazar al Señor, para aterrarle, es decir, se pronunciaba la amenaza en nombre de un Señor terreno que parece que no seguía debidamente las directrices del celestial, las de Jehová. Pero eso es lo de menos. En todo caso, se creaba así un futuro, por medio de esta amenaza configurada en la profecía. La creación de este futuro arrastraba consigo, que todo el pueblo elegido se viera, de una manera ejemplar, como siguiendo una senda, la senda del Señor, cumpliendo un destino.

Nunca se ha visto nada tan claro como lo que en el Antiguo Testamento se revela, y cualquier otra ilusión o idea de cualquier pueblo o colectividad de que está siguiendo un destino, no hace más que repetir este modelo que en el Antiguo Testamento vemos tan claramente desarrollado.

La Historia hacia adelante, como creencia en la amenaza, en la meta, se convierte necesariamente en Historia hacia atrás: conversión de la memoria viva, que podría estar alimentando los corazones y el pensamiento, la memoria historicada, narrada en la crónica.

Es sobre esta forma de Historia (especialmente entre los judíos, al final de la cual aparece el último Patriarca, aparece San José), a la que nos vamos a dedicar un poco en este rato que nos queda.

Empiezo por el final; empiezo por una breve referencia al santo cuya fiesta estamos celebrando. La veneración especial por San José es muy notoria en nuestras tierras; hasta hace poco, entre los niños españoles, la mitad se llamaban Pepe. Y esto, desde luego, no es ninguna casualidad, ninguna cosa de las que suceden en estos niveles de elecciones familiares y demás puede ser casual. Tiene, evidentemente, sus raíces.

Lo ambiguo es lo que en el título de esta charla he puesto: EL ÚLTIMO PATRIARCA". Porque siempre cabe que la veneración por San José se refiera a lo que tiene todavía de Patriarca, o se refiera a lo de ser el último; esta ambigüedad esencial es la que quiero poner de relieve.

En los cultos católicos de estas regiones, San José era una figura 'adlátere', lo que los antiguos llamaban un "paredros" (πάρεδρος), es decir, participante lateral en el altar de la divinidad principal. Esta condición de San José es la primera. San José es un paredro, la figura adlátere de la Virgen; esto está bien claro. Por un lado, se ve bien que si a San José se le adora y aprecia, es como una difuminación de la adoración que recae sobre la figura de María y, naturalmente, esto nos toca muy de cerca.

Está claro que San José no ha sido, de hecho en la Historia, el último Patriarca, porque después de San José ha seguido habiendo patriarcas en un sentido y en otro lo mismo que antes, pero, de todas formas, en algún sentido, respecto a la convención y a la tradición primera de la Historia entre los judíos, efectivamente es el último: termina en esta actitud de sumisión partícipe a la figura de la Virgen, a la figura de María. Esto se puede llamar bien una especie de degradación del patriarca que, en realidad, quiere en algún sentido, su final, su terminación.

Recordad que la figura de este último patriarca está llena de ambigüedades en las narraciones que, de niños, nos seguían llegando a muchos. Recordáis, sin duda, las dudas de San José cuando le llega la noticia del acontecimiento, y recordad cómo el Señor tiene que enviarle un ángel especial para confortarlo y confirmarlo.

Esta aparición del ángel enviado especialmente para confortar a San José en sus dudas respecto a María, es una de las muchas notas que os voy a ir echando para que sirvan después en la conversación de aprovechamiento.

Dejo un poco a San José sometido a sus dudas en el momento de vacilación del patriarcado a la manera antigua, en el momento de su degradación en cuanto conversión en figura adlátere de la mujer entre las mujeres, y vuelvo al arranque, vuelvo a recorrer para vosotros, brevemente, el Antiguo Testamento que ahí termina.

La Historia en el Antiguo Testamento empieza varias veces. Una vez, por supuesto, empieza como rotura del mito. Está el paraíso, y en la expulsión empieza la Historia. Esta es una manera de comienzo de los comienzos. Es, justamente, fundamental la interven-

ción de la mujer con la serpiente para ocasionar el ejercicio, que aparece como primer ejercicio de Poder por parte del Señor.

No hay que olvidar que, en el final, María es la contrafigura de Eva, y cuando los padres de la Iglesia y los patriarcas de después del último patriarca presentan a María aplastando la cabeza de la serpiente, lo que quieren simbolizar con ello, sobre todo, es que el acto y la presencia de María se cumple repitiendo y volviendo del revés lo que entre Eva y la serpiente hubiera podido suceder, y donde la tradición mística, pero ya prehistórica, pone el comienzo de nuestros males, es decir, de la Historia.

Sin embargo, propiamente la Historia comienza con los hijos, es decir con el fratricidio, cuando Caín mata a Abel. Porque Caín, como recordáis, es el fundador de las ciudades. La institución propiamente dicha se da con esta muerte de los dos primeros hijos de Eva.

Es una visión que se repite en muchos sitios del mundo, de otras culturas. Nada más tenéis que recordar el fratricidio de Rómulo y Remo, que sirve para constitución de la ciudad de las ciudades por excelencia, en la que se fundan también las murallas de la Constitución.

Hay formas más complicadas. Entre los griegos, en una de las versiones referentes a los dioscuros o hijos de Zeus -la pareja más conocida de nombre es Castor y Pólux- se da, no un fratricidio, sino una repartición de la inmortalidad, de tal forma que sólo uno de los dos es inmortal, mientras que el otro queda reducido, por alguna especie de equivocación, a la condición de mortal, y entonces, el hermano mortal y el hermano inmortal tienen que repartirse de manera complicada el don de la inmortalidad.

No voy a recordaros más figuras. Esta constitución de las murallas de las ciudades y de la Sociedad bien constituida, fundada en el fratricidio, se repite una y otra vez, y aquí la figura de Caín y Abel no hace sino presentar una vez más este símbolo.

La Historia tiene que volver a empezar y, como sabéis, el Señor tiene que arrasar con las aguas, de forma que después del diluvio empieza otra vez la Historia. Esto que os digo de empezar la Historia varias veces, lo que quiere decir es cambiar de módulo histórico, para que en un sentido la Historia continúe, mientras que en el otro sentido se presente como un nuevo arranque.

El comienzo ms propiamente dicho de los patriarcas está en Abraham. Me veo obligado a recordar el cambio de módulo que en la figura de Abraham se cumple.

Desde los hijos de Noé, desde Sem hasta Abraham, la Historia tiene un módulo muy especial; recordad que los patriarcas -impropiamente dichos, pues ya digo que los propiamente dichos empiezan con Abraham- bueno, pues estas figuras anteriores viven 700, 800 años, y tienen los hijos cuando tienen 400 y pico. Así es como está lleno el Antiguo Testamento, todo el vacío de Sem basta Abraham, desde después del diluvio hasta Abraham, viviendo a grandes cantidades de siglos y reproduciéndose a las edades de 400, 300 o 500 años, con una cierta disminución de los módulos de edad, si repasáis la lectura, pero manteniéndose éstos más o menos. En cambio, de repente, en Abraham la cosa cambia. Esta historia todos la recordáis bien, supongo, cuando Abraham, al final de sus días, consigue tener un hijo. Este hijo, que tiene con Sara, lo tiene cuando Abraham sobrepasa los 100 años, y cuando Sara tiene 90, y esto ya, en la historia de Abraham, resulta chocante; lo que hasta entonces era lo más corriente del mundo, tener hijos a los 400 años, ahora ya se vuelve una cosa chocante hasta el punto de que cuando Jehová le promete a Abraham, y después también a Sara aparte, que van a tener un hijo, Sara se echa a reír. Sara se ríe: "yo que tengo 90 años, ¿voy a tener un hijo ahora?".

Así que las cosas se vuelven mucho más cercanas, mucho más naturales; empieza a parecer ridículo que la gente tenga niños a los 100 años; de manera que es evidente que el módulo ha cambiado, y en efecto, desde entonces comienza la Historia de una manera mucho más seria.

Recordad que cuando Jesucristo, una vez cumplido el último momento de la Historia, tiene que descender a los infiernos a sacar las ánimas de los Santos Padres, que estaban esperando su Santo Advenimiento, es decir, los patriarcas del Antiguo Testamento, baja a eso que el catecismo llama el Seno de Abraham. Es el nombre de este patriarca, el primero propiamente dicho, el que da nombre a ese recinto extraño, donde con el advenimiento de la Historia de después de Cristo, sin embargo, se quiere hacer una restitución de la Historia de la Antigua Ley, y es preciso para la nueva forma de Dios celestial sacar las ánimas de los patriarcas.

La Historia de Abraham está llena de muchos datos que también quisiera sacar a la discusión; datos, sobre todo, en el sentido de la ambigüedad y de la contradicción por excelencia; quiero que veáis esto que mostrábamos también en San José.

En la juventud, bueno, una juventud relativa: no me acuerdo pero seguramente una juventud de 70 o de 80 años la de Abraham, tuvieron que irse a Egipto, con Sara. No se llamaban todavía, precisamente, Abraham y Sara. Se llamaban con nombres un poco distintos, Abram y algo como Saray. Porque sucede muchas veces en el Antiguo Testamento eso de que el cambio de la condición se acompaña de una reconsideración del nombre, y se vuelve hacia adelante y tiene que querer decir algo nuevo.

En fin, tienen que irse a Egipto: y cuando están llegando, en esta peregrinación, Abraham le dice a Sara algo así como: "Considera que eres muy hermosa y que los hombres en Egipto cuando te vean van a matar por ti; para evitar eso, di que eres mi hermana, y entonces, por el contrario, tendré honras y provechos por ti". Una cosa más o menos por el estilo. Sara, por supuesto, obedece. Inmediatamente, como estaba previsto, el Faraón se enamora de ella, la coge para el palacio y, efectivamente, Abraham recibe por ello muchas honras y riquezas. Hasta que el ángel del Señor interviene, se da cuenta de que aquello no puede ser, y empieza a mandar castigos al faraón, hasta que por fin le dice que se los envía porque está con la mujer de Abraham. El faraón devuelve a Sara con todas sus riquezas y prerrogativas y los manda fuera, aclarada la orden del Señor.

Esta es una de las figuras que os quería traer a recordación y que debéis tener en cuenta para la comparación con San José y para la discusión en general. Sobre todo esto de la inclusión o no inclusión de la rebeldía en la Historia.

La otra figura es la de Sara riéndose. Es una cosa tan inhabitual que una mujer se ría, y especialmente en el Antiguo Testamento, que esta risa de Sara, que se produce dos veces, es verdaderamente notable. Se produce, justamente, por desconfianza del Señor; se ríe literalmente de la promesa de Jehová de que vaya ella a tener un niño.

Entremedias, y mientras llegaba este prodigio de tener este niño tardío, como recordaréis, había sucedido otra cosa; bueno, otras muchas. Lo de Lot, todo lo de Sodoma y Gomorra y demás; pero no nos interesa tan de cerca. Había sucedido que Sara presenta a Abraham a una esclava, a Agar, para que, por lo menos, tenga un niño con ella, como efectivamente lo tiene: Ismael.

De manera que está presentado exactamente así. Sara, desesperada por su esterilidad, le lleva a Abraham a Agar para que tenga con ella un niño; Abraham lo tiene, a pesar de lo cual ésta parece que no es la perfección de la promesa. Y entonces es

preciso que Sara tenga también su niño. Parece como una duplicación un poco inútil, pero eso mismo es significativo.

No me paro ya en lo siguiente, porque todos recordáis muy bien lo de la forma de obediencia extrema de Abraham en sus últimos años con lo del sacrificio de Isaac interrumpido y demás.

Quería recordar al primer Patriarca, que representa el comienzo de la Historia en sentido estricto, hasta llegar al último cambio, que es el que se produce con el nacimiento de Cristo y con toda la historia de San José y la Virgen.

Fijaos bien que el nuevo cambio que la Historia va a pegar consiste en que se va a crear un punto cero en la Historia alrededor del cual (Antes de Cristo y Después de Cristo), todo tiene que estar ordenado y que, además, este orden de ordenación ya no sólo no se va a referir sólo al pueblo de Israel, ni sólo a los gentiles del Imperio Romano, sino a todo el mundo, puesto que, efectivamente, no hay quien se libre hoy en día ya del Antes de Cristo y Después de Cristo.

Podrá haber por ahí todavía tribus y pueblos que presuman de tener otras religiones, de adorar a otros dioses, de ser hasta politeístas o, por lo menos, de haber elegido otra forma de monoteísmo. Pero todos van a acatar el Orden de Cristo, es decir, el nuevo Orden del Señor, representado en Cristo, en cuanto que el calendario tiene que ser universal. De manera que, desde la Polinesia hasta las selvas del centro de África o del Amazonas, todo el mundo tiene que ser a la fuerza cristiano, en el sentido preciso de acatar la última forma de ordenación. Así que el cambio, con el nuevo cambio de amplitud, es sumamente importante.

Vosotros diréis y pensaréis: por qué tiene que cumplirse de esa manera que se nos cuenta, qué es lo que tiene que figurar ahí, qué es lo que tiene que pintar la intervención de la Virgen y, al lado de la Virgen, la de una figura como ésta que estamos celebrando hoy del último Patriarca, San José.

Se señala, esto sí es muy evidente, el final de una forma de patriarcado, en cuanto que el hombre queda puesto al lado de la mujer como figura secundaria; esto está claro. La mujer cumple la figura de corredentora, como han de decir los nuevos patriarcas, los padres de la Iglesia.

Efectivamente, no puede abandonarse del todo la figura de la Redención a un personaje masculino, como, al fin y al cabo, es Jesucristo. Pero, sin embargo, se hace todo lo posible en esta nueva configuración para que la mujer ocupe el papel más activo posible bajo la forma de corredentora.

Os he recordado cómo la ambigüedad o contradicción que puede descubrirse en la figura de la Virgen María está, de alguna manera, reproduciendo y contradiciendo al mismo tiempo la que se puede encontrar en la figura de Eva, especialmente en sus relaciones con los dos poderes, en sus relaciones con lo de abajo y con lo de Arriba. con el diablo y con el Señor.

Recordad que en EVA la cosa toma forma de tentación, tentación especialmente por el oído: la persuasión. Es decir, es el momento en que nuestra primera madre, la mujer, oye, es capaz de oír. Se supone que, si Adán hubiera sido tan capaz de oír no habría tenido que intervenir Eva para oír a la serpiente. La que la oye es Eva. La oye, la entiende. Se entienden, y de esa manera se cumple eso que antes he presentado como el primer comienzo de la Historia. la salida del mito o paraíso a la Historia propiamente dicha.

Un paréntesis metódico. Cuando os cuento todas estas cosas y os las recuerdo, siempre podéis sospechar que todas ellas han estado configuradas y escritas por hombres de una sociedad patriarcal, ya que todas las sociedades son patriarcales. Evidentemente en diferentes grados, pero patriarcales. Porque un error en el que se suele caer es en el de creer que ha habido nunca sociedades matriarcales. El Poder es masculino desde el comienzo de la Historia, desde todos los comienzos de la Historia.

Así que se puede sospechar que, surgidas estas historias y cuentos y mitos y crónicas o historias propiamente dichas dentro de un mundo así configurado, naturalmente tienen que ser malintencionadas, tienen que estar de parte de los intereses del sexo dominante. En parte, es así. Porque una de las maneras que los hombres han tenido para maldecir de sus mujeres e intentar sacudírselas lo más posible, una de ellas, evidentemente, ha sido considerarlas algo así como diabólicas, astutas y cosas por el estilo, ya sabéis. Muy en contradicción con la otra manera de condenarlas, que consiste en considerarlas animales. No sé cómo se las han arreglado los hombres a lo largo de la Historia, pero, alternativamente, las han venido tratando como algo bestial, subterráneo, y como algo diabólico y sumamente astuto y refinado. Así se las han arreglado los señores. Han ido maldiciéndolas de las dos maneras y de esa forma han ido conviviendo los unos y las otras.

Pero sería erróneo pensar, como decíamos, que todas estas historias están condicionadas sólo de esa manera. No es verdad, porque estas historias tienen siempre, aparte de lo que venga de Arriba y por tanto malintencionado, tienen siempre algo de tradición popular, y en la formación de las tradiciones populares, las mujeres intervienen igual o más que los hombres; de manera que, en gran parte, la riqueza y la ambigüedad de todas estas historias vienen justamente de ahí, de que no están únicamente compuestas al servicio de un Poder que dicta las crónicas. En parte esto y, en parte, una tradición que viene de abajo, y obliga a que las cosas no se presenten tan claras, tan definidas, como si se tratara de una crónica dictada por el Poder.

Bien, en la comparación con Eva, en la otra punta de la Historia, María oye al Señor, lo oye sobre todo, como sabéis, en el momento de la Anunciación. Bueno, oye al ángel del Señor, todo hay que decirlo. No le pasa a María como le pasa, por ejemplo, a Abraham, que habla con toda facilidad con Jehová, directamente. Eso no, eso nunca se ve. No se ve que ninguna de ellas reciba nunca sus intimaciones directamente por parte de Jehová, salvo en el caso que antes he recordado de Sara, a quien Jehová habla directamente. Lo normal es que se trate de ángeles o de demonios y, por supuesto, la ambigüedad que os vengo presentando, al traeros, lado a lado, a la serpiente hablando con Eva y al ángel anunciando a María, es una ambigüedad que considero útil.

Una de las cosas que podemos suponer intencionadas es esa clara distinción entre ángeles y diablos: ésa sí, ésa está dictada por el Poder, desde luego. Aquella primera condena que hace caer a los ángeles rebeldes, aquel castigo ejemplar para la eternidad de aquél que había dicho "no serviré: no seré esclavo"; ese sí que se puede considerar dictado como ejemplo de cuál es el destino de toda rebelión, para ejemplo.

María, al ángel, lo que le dice, parece, es lo contrario. Frente a aquél "no seré esclavo", María dice: "He aquí la esclava del Señor, y hágase en mí según su voluntad". Y así se cumple, como sabéis, el milagro de la corredención, de esa manera viene a suceder esta renovación del milagro de Sara, que María, siendo virgen, conciba, acarreado con todo ello las dudas de San José.

Bueno, estos ejemplos son bastantes -yo creo- en cuanto a recordatorios de algunos de los cuentos que quería que usáramos como tema.

Todo ello viene a propósito de lo que al principio rechazaba decididamente como método, aunque sea el método dominante en todos los movimientos de rebelión que conozco: el método de dejarse iscribir o de iscribirse voluntariamente en la Historia. Todo esto no puede tener otra consecuencia más que una renovación de las formas del Poder. Si alguien no se contenta con aspirar a una renovación y progreso de las formas del Poder, sino que, por el contrario, esto le hastía de antemano, desde luego tendrá que renunciar a la Historia, a la iscripción en la Historia, a la creencia en el Progreso, a la creencia de que se va por algún camino. Tendrá que cambiarlo por una vaga confianza en no se sabe qué, es decir, en eso que anda por debajo y a lo que se alude como mujeres, niños, pueblo; con tal de que no se sepa nunca qué es un niño o qué es el pueblo.

Porque si se sabe, por supuesto, estamos ya en lo mismo. Una mujer que se sabe ya lo que es, es igual que un Hombre, no tiene mayor interés, tan insignificante como los pertenecientes al Sexo definido. Si un niño se sabe lo que es, es adulto, el pobre está ya hecho. Si un niño se ajusta a lo que los mayores saben acerca de los niños, pues se terminó: ese niño no puede ser ya ninguna fuente de nada. Y si a eso a que aludimos como pueblo se le sabe, se le configura como un pueblo tal o cual, con un nombre propio, y se le dan características étnicas, culturales y demás para que esté bien configurado, pues se acabó: ya es lo mismo que las naciones.

De manera que... ¡qué se le va a hacer! La cosa queda confiada, queda entregada a esta confianza en las mujeres, los niños y el pueblo, pero con tal de que no se sepa nunca qué es, porque si no, estamos otra vez en la Historia y en la renovación de los sucesivos capítulos de la Historia.

Esto era lo que quería presentaros como motivos para la discusión y os ruego que, aunque hablemos de otras cosas, no descuidéis las figuras y escenas que os he traído a la memoria. porque, evidentemente, yo no he hecho nada más que presentarlas sin intentar ahondar mucho en su simbolismo o su valor. Y, seguramente, tienen mucho más que decirnos.